V

Aunque arrancado de las sábanas á horas en que los trasnochadores apetecen y gozan el reposo, el recibimiento del gobernador no se resintió del mal temple que causa en el espíritu impresión tan poco grata. Desempeñaba por entonces el importante cargo un título, antiguo diplomático, algo literato y muy observador, hombre de exquisita cultura, el más á propósito para acoger bien á una dama en casos tales como el de Ana la Cueva.

Absorta en su preocupación y en sus terrores, la señora notó, sin embargo, que la sala donde la mandaron esperar revelaba hábitos delicados, gustos artísticos. Vió, sin querer verlos, los tapices descoloridos, las colgaduras rozagantes, los cuadros pocos en número, pero elegidos con inteligencia, de asunto simpático y célebres firmas; en una esquina el piano, abrigado por su charro mantón de manileña estirpe, y como para contrastar con la nota afeminada del piano y las cortinas de seda, divisó

por las paredes trofeos de ricas armas, las azagayas caprichosas de los piratas joloanos y las emponzoñadas flechas de los pieles rojas, junto á los artísticos sables japoneses y las herrumbrosas espadas góticas, comidas de orín secular. Le hubiese sobrado tiempo á Ana para registrar el gracioso saloncito, pues el gobernador tardó en salir media hora bien larga. Y la señora no pudo quejarse del plantón, al ver que el marqués se presentaba atildado y limpio, resplandeciente de pechera y ceñido de bota, sin conceder más á la hora intempestiva que el batín de fina franela y la ligera chalina anudada alrededor del terso y alto cuello de la camisa.

Ana había mandado pasar su tarjeta, y la reverente inclinación del gobernador la probó que no tenía que habérselas con un fatuo, ni menos con un burócrata entontecido, sino con una persona de su misma esfera, con quien podía hablar sin miedo.

Desde el primer momento el funcionario adivinaba ó presentía para qué clase de asuntos podía venir á despertarle una señora de tan honesto porte. Así es que Ana habló á su talante, y el gobernador la oyó en silencio. Terminada la relación, él se aproximó algún tanto á la dama, de la cual se había mantenido á distancia muy cortés.

—Señora—dijo en tono casi confidencial,—yo creo que no necesito asegurar á V. que procuraré complacerla: además, tengo el deber de impedir que se lleven á cabo los desafíos; la ley

los prohibe y hasta los castiga severamente. ¡Pero... siempre hay un pero!

—Sí, ya comprendo lo que V. quiere indicar... Que una cosa está V. obligado á hacer en concepto de gobernador, y otra piensa V. como caballero. ¡Si á mí me sucede algo de lo mismo! Yo quiero que no haya lance, que V. lo estorbe: yo no puedo, no puedo transigir con que á Alfonso le hieran ó le maten. Y sin embargo, póngame V. en el lugar de Alfonso, y siento y procedo como él.

El gobernador, sin responder ni aprobar con la cabeza, sonreía enigmáticamente. Por fin, frunciendo apenas el entrecejo, se resolvió á descifrar sus palabras:

—No, señora... No es eso precisamente... Es otra cosa... mucho menos... La ruego á V. que no se disguste ni lleve á mal... ¡Cuánto lo sentiría! En substancia: el gobernador tiene el derecho y hasta el deber de impedir los duelos *serios*... Pero representaría un papel asaz desairado si se lanzase, con gran aparato de policía y guardia civil, á deshacer lo que ya está deshecho de suyo y á impedir que crucen las espadas dos personas... que maldito si las querían cruzar, aunque el gobernador no se lo impidiese.

Ana hizo un movimiento vivo, sublevándose é irguiéndose.

—En el caso presente, señor gobernador...

—¡Por Dios, señora! No es mi ánimo ofender ni con el pensamiento al señor la Cueva... V. no me ha enterado, ni es preciso, de las causas del lance... pero dice V...

—Digo y repito que las causas son de tal índole... que un hombre de honor... Y aunque no fuesen graves las causas... no tratándose de ningún muñeco...

Volvió la misma sonrisa, discretamente maliciosa, á juguetear en los labios del gobernador, el cual se limitó á suspirar bajito:

—¡He visto tanto duelo!...

—¿Tanto duelo?

—Tanto conato de duelo, debí haber dicho.

—Pero qué, ¿no se realizan nunca? ¿No hay casos en que suceden... cosas... desagradables? ¿Heridas... muerte?

El gobernador posó en Ana una mirada sagaz, escrutadora, piadosa, comprensiva: una mirada que registró hasta los últimos senos el alma transparente de la mujer entusiasta, apasionada y exaltada en su amorosa fe.

—En las ocasiones en que ha de suceder eso que V. teme...—advirtió por último,—nuestra intervención sobra. Entonces los contrincantes están resueltos á batirse por encima de todo, y de no hacerlo en Madrid lo hacen en Segovia, y de no poderlo hacer en Segovia pasan la frontera y lo hacen en Francia... El odio es como el amor; desacata toda ley; las leyes escritas no van con él, señora. Por eso manifesté á V. que si el lance entre su marido y Ramiro Dávalos es serio, no está en mi mano evitarlo, y si no es serio, se evitará él solo... Y como lo segundo es lo que más á menudo pasa...

—No lo niego; pero yo no considero á Alfonso de... esa pasta que por lo visto abunda tanto—exclamó Ana con indicios evidentes de dolor y despecho.

—Lo creo, lo creo, estoy persuadido de que tiene V. razón—asintió el gobernador con urbanidad, que pudiéramos calificar de exagerada, á no parecer tan oportuna y tan impuesta por la necesidad.—Pero salvando y dejando aparte al señor la Cueva, á quien ni siquiera aludo, permítame V. que la pida un poco de indulgencia para los que no poseen esa tenacidad y esa resolución enérgica de su marido de V. Creo que V., en su fuero interno, califica con excesiva severidad á los duelistas frustrados, que son el noventa y nueve y medio por ciento de los duelistas!

—¿Según eso he de pensar que la humanidad se compone de cobardes?

—¡Por Dios, señora! ¡Compasión, una miaja de compasión para la pobre humanidad! El valor es multiforme. Hay clases de valor que todo el mundo... ó casi todo el mundo... posee; hay otras que es dificilísimo cultivar y afirmar en las horas críticas. En riña casi nadie se amilana: la sangre hierve, los nervios se alborotan y está uno hecho un Cid. !Pero V. no se imagina lo que es eso de dejar transcurrir horas; de aguardar en casa la llegada de los padrinos; de ir poco á poco perdiendo vapor, nervios y ánimo; de esperar á que otros decidan á qué distancia se situará V. del cañón de un arma de fuego; de saber que el adversario hace blancos y agujerea cartitas de baraja á tantos pasos como V. va á ponerse; de que así pasen días,

días en que se reflexiona sobre el precio de la vida y lo desagradable que sería un viaje á la sacramental!..

Pálida y con los labios contraídos, Ana se agitó en el sofá sin notarlo. Recordaba haber oído que el hombre que la hablaba así había dado en alguna ocasión señales de bizarra entereza. Y sin meditar exclamó:

—No parece sino que V. ha ajustado su vida á esos principios.

—Señora...—pronunció él más rendidamente que nunca—agradezco la lisonja que envuelve ese argumento de carácter personal, y no debo ocultar á V. que no me exceptúo del número de los que no encuentran maldita la gracia á la perspectiva de la pistola enfrente.

Ana vibró al gobernador una mirada de fuego: sus facciones adquirieron la apasionada tensión que se advierte en las máscaras trágicas antiguas; inclinóse, y con voz honda preguntó:

—¿Qué, no se batiría V. teniendo que batirse?

No fué necesaria contestación verbal. La cara, los ojos, la actitud serena del varón contestaron plenamente á la pregunta de la hembra. Fué uno de esos instantes en que el carácter sexual se afirma con más pujanza aún que en las manifestaciones eróticas. El sexo débil recordaba al fuerte su papel, y el fuerte respondía que estaba dispuesto á desempeñarlo, á justificar su tradicional dominio.

Y Ana, entonces, se puso en pie.

—Ya comprenderá V,—dijo ciñendo al talle

las puntas del velo é indicando un ligero saludo de despedida, que estimo á mi marido tanto, tanto... por lo menos... como á otro caballero digno de estimación. Y esto es lo que... precisamente... me... me preocupa... porque... temo... temo que...

—Serénese V., señora, dígnese tomar asiento hasta que se calme...—suplicó el gobernador, conociendo que por fin la valerosa mujer desfallecía y se entregaba indefensa á la emoción profunda.

Ana se dejó caer otra vez en el sofá, y cubrió un minuto los ojos con el pañuelo, sollozando, mientras el gobernador, en vez de importunarla con ofrecimientos de sales, éter, tila, consumados y demás reparos que se ofrecen al desfallecimiento femenil, se apartaba prudentemente, dejando pasar el acceso de natural sensibilidad, tanto tiempo reprimido. Conocía el *crescendo* de los afectos en semejante género de entrevistas, y nunca forzaba el tiempo ni excitaba la neurosis de las que allá para sí llamaba *sus penitentes*, con importunas exhortaciones y consuelos de brocha gorda. «No me pesa—calculaba al oir el anhelo de la reprimida congoja de Ana—no me pesa de lo que dije á esta infeliz señora tan joven y tan linda. La he preparado para el desencanto: así quizá la duela menos. ¡Una mujer honrada, y sobre honrada prendada de su marido, y sobre prendada llena de ilusiones romancescas! ¡Qué drama interior! Al lado de éste, vale un comino el que ha de desarrollarse sobre el terreno...

si es que se desarrolla..., que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que se ha casado con el mismo Cid Campeador ó Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía á despedirse.

—Me voy descorazonada...—indicó al gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto.—Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

—Señora, afirmo á V. del modo más terminante y más explícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy á tomar mis medidas, y si V. vuelve á llorar, al menos no será por mala voluntad ó por negligencia mía. Ruego á V. que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió á entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

—¿Hay alguien con el señorito?—preguntó con afán al portero.

—Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármenes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los vi.

VI

Quien no haya asistido á los preliminares de un desafío, no puede adivinar ni siquiera inferir la peregrina jurisprudencia y la enrevesada casuística que los rodea y acompaña. Ello es que el verdadero desenlace de un lance de honor no pende del momento en que los adversarios se ven frente á frente y con las armas en la mano, sino de esas horas laboriosas en que cuatro hombres, ajenos al interés secreto que impulsa á los duelistas, ajusten las condiciones del encuentro y echan en la balanza de la suerte el peso de su carácter, de sus convicciones, de sus preocupaciones y hasta de su estado físico, que puede inclinarles más ó menos á las soluciones belicosas. Al duelista, por punto general, no le mata nunca su contrario, sino sus testigos; ni le deshonra su propia flaqueza, sino la inepcia de ellos, y la complicidad moral, que ante las personas honradas (aunque no lo sean sino á medias), tienen prevenida para todo des-